

CON EL PRESENTE NUMERO 399 CERRAMOS CUARENTA AÑOS DE LABOR ININTERRUMPIDA DE SIC. NOS PARECIO NECESARIA UNA RELECTURA DE VENEZUELA Y DE LA REVISTA EN ESOS AÑOS. SON CUARENTA AÑOS QUE FRAGUAN LO QUE HOY SOMOS.

EL NUMERO 400 NO SERA UNA RECOPIACION DE RECUERDOS Y NOSTALGIAS, SINO UNA MIRADA Y UNA VOLUNTAD PROYECTADOS A LA VENEZUELA QUE TENEMOS QUE CONSTRUIR EN LA PROXIMA DECADA.



RELIGION Y POLITICA

Entre quienes conocen desde hace años la revista SIC se oye más de una vez la queja de que ésta ha abandonado su carácter religioso. Ya no presenta una proposición cristiana para la sociedad, sino que se enreda en planteamientos socio-políticos que puede efectuar con igual o mayor competencia un especialista ateo. No es que nuestros críticos nieguen la importancia de los aspectos seculares en un ordenamiento social; pero juzgan que éstos pueden ser elaborados hoy por bastante gente en el país, mientras que lo específicamente religioso cuenta con muy pocas publicaciones de altura. Al desviar nuestra revista hacia otros campos habríamos cometido una traición. En vez de continuar haciendo crecer a la Iglesia habríamos preferido ampliar nuestro público desvirtuando la especificidad de los contenidos que presentamos. Ahora dicen nos lee más gente de todos los signos, pero ya no profesamos explícitamente nuestra fe.

Para responder a esta dificultad tan repetida, habría que comenzar quizás por decir que hay en este juicio un craso error de percepción. SIC ha estado metido en política desde muy temprana edad. Cuando hace no muchos años sus páginas se teñían con otros colores, varios de los que ahora la critican se sentían profundamente satisfechos con su trayectoria. Pero dejemos esto a un lado.

Lo que aquí quisiéramos hacer constar es que SIC no ha abandonado en ningún momento conscientemente su opción cristiana, aunque sí la ha releído desde una nueva coyuntura y con una nueva teología. Partimos de nuestra fe en que la salvación de Jesucristo pasa hoy necesariamente en Latinoamérica por una transformación radical de las actuales estructuras, aun cuando estamos igualmente convencidos de que no se reduce a ella únicamente. Pensamos que la mejor forma de seguir en nuestros días el camino de Jesús consiste en colaborar con todos los hombres de buena voluntad para que esta transformación tenga lugar lo más pronto y lo más eficazmente posible.

Naturalmente que esta convicción no la hemos creado de la nada. Ha nacido de una lectura del evangelio hecha desde nuestra ubicación social concreta. No ignoramos que otros muchos sacan de esta misma lectura conclusiones diferentes y aun opuestas; pero ya contábamos con ello. Desde hace veinte siglos Jesús es "una bandera discutida" (Lucas 2.35). Ha sido utilizado para escaparse del mundo y para comprometerse con él, para esclavizar y para liberar, para bendecir desigualdades y para rebelarse contra ellas, para mantener y para transformar. Nosotros hemos preferido optar por lo último.

Una tal opción ha necesitado años de reflexión, discusiones y ajustes a nivel individual y colectivo. Por eso es imposible describir su proceso en pocas líneas. Podemos sin embargo señalar sus rasgos principales.

Todos los cristianos estamos de acuerdo en que la Iglesia está para continuar la misión de Jesús. Reconocemos también todos que Jesús es el salvador del mundo. Las divisiones comienzan cuando tratamos de desarrollar estas afirmaciones.

Para nosotros la confesión de Jesús como salvador es inseparable del camino que él siguió. Su poder redentor fue la consecuencia de que él actuara como actuó. La redención cristiana es inseparable de la historia. Porque Jesús se enfrentó a una situación de injusticia y pecado y fue asesinado como consecuencia de ese enfrentamiento, hemos reconocido en él a nuestro redentor.

El Dios Yahweh del antiguo Israel, al que los evangelios llaman Padre de Jesús y padre nuestro, manifestaba su valer en sus intervenciones liberadoras. Los judíos creyeron en él porque vieron su poder actuante en la historia. Los primeros compañeros de Jesús siguieron el mismo proceso respecto a su Maestro. Lo mismo nos pasa a nosotros. Somos cristianos porque creemos en el poder histórico de Jesús, y queremos redescubrirlo y manifestarlo a los demás a través de la actuación de ese poder.

Vemos a Jesús, con palabras que el evangelio atribuye a su madre María, como al que "desbarata los planes de los arrogantes, derriba del trono a los poderosos y exalta a los humildes, colma de bienes a los hambrientos, y a los ricos los despide vacíos". Creemos que el Reino de Dios —expresión que resume las as-

piraciones de un pueblo en tiempos de Jesús— es “para los pobres, para los que ahora lloran, para los expulsados, insultados y difamados” por seguir el evangelio, mientras que en ese proyecto no se puede contar con “los que ya tienen su consuelo, están saciados, ríen y son bien vistos por la gente”.

Estamos convencidos asimismo de que en un mundo dividido por el egoísmo Jesús “no ha venido a traer la paz sino la espada”. Porque “no es posible servir a Dios y a la plata”. Aunque la unidad no sólo es deseable, sino que constituye la señal de los verdaderos seguidores de Cristo, no todas las unidades y alianzas son auténticas. En el camino hacia la utopía del Reino hay que pasar por la discriminación, el discernimiento, la definición de campos. En la lucha por el Reino al indeciso empeñado en estar a bien con todos “como no es frío ni caliente Dios le escupe de su boca”. No queremos caer en la ingenuidad de dividir al mundo en puros e impuros, sino que somos conscientes de estar todos en proceso de conversión. Pero este proceso exige dejar un campo para enrolarse en el contrario.

También la lectura del evangelio nos dice que Jesús no creyó en barreras insuperables. El hizo milagros, rompió leyes que entonces se creían intocables. Nosotros los cristianos pensamos que también hoy en la sociedad hay muchas leyes económico-políticas que parecen inquebrantables y ante cuyo poder uno se siente impotente. Pero precisamente porque creemos en el Dios de la historia que “escucha el clamor del pobre”, esperamos contra toda esperanza en la posibilidad de la victoria.

Y aquí viene la mediación de las ciencias sociales. Porque todo lo anterior es pura fantasía si no se encarna en la realidad en que vivimos. Si creyéramos que Dios nos había dejado como misión construir un gran templo en su honor, acudiríamos a la ayuda de geólogos, topógrafos, ingenieros y arquitectos. Como creemos que la tarea central de los cristianos en las actuales circunstancias es colaborar en un cambio radical de estas estructuras de pecado, juzgamos fundamental la utilización de ciencias como la sociología, economía y política. Sin tomarlas por talismanes milagrosos las consideramos absolutamente imprescindibles.

El mundo no se cambia sólo con buena voluntad. Las fuerzas que configuran el actual sistema tienen una intrincada coherencia, lograda a través de siglos de evolución e ingenio. Un castillo de piedra no se tumba con un abanico, ni se cambia el sistema con fórmulas litúrgicas. Es necesario adentrarse en los mecanismos que lo sostienen para conocerlos, valorarlos, dominarlos, transformarlos.

SIC no ha querido escamotear su responsabilidad de presentar alternativas para el país desde una perspectiva cristiana. Ha dedicado tiempo y energías a describir y criticar la coyuntura socio-política de Venezuela, a apuntar —en la medida de sus fuerzas y con innegables lagunas— posibles caminos hacia adelante, a sopesar con sobrio realismo las fuerzas progresistas y reaccionarias que actúan en el proceso. Esto ha exigido una constante toma de postura, y ha traído como consecuencia una cadena de apoyos y enemistades. Si se hubiera refugiado en un ámbito ultraterreno y espiritualizante —humano sólo a medias— habría recibido muchos más honores y reconocimientos. La opción no ha sido fácil ni cómoda, pero se ha juzgado impostergable.

Por lo demás, los diversos sectores de la Iglesia deben caer en la cuenta de que la opción política está tan enraizada en su historia, como consecuencia inevitable del poder social con el que cuentan, que asoma aun en sus actuaciones de apariencia más indiferente. Es importante reconocerlo para no ofrecer la imagen que otros quieren presentar de nosotros sin darnos siquiera la opción de elegir. Una fotografía, por ejemplo, difundida por toda la prensa en la que un eclesiástico aparezca en compañía de determinadas personas tiene una evidente significación política. El hecho de que en algunas capillas privadas semi-oficiales se casen exclusivamente personajes de determinada alcurnia y clase social, es visto como una bendición del sistema actual de explotación bajo las apariencias más espirituales. Aun las invitaciones que recibimos y rechazamos reflejan a menudo una opción de clase previamente tomada. En esto nadie se puede escapar.

Volviendo al caso de SIC, es más que evidente que la revista ha tomado una y otra vez postura a lo largo de su historia —y no únicamente ahora— a favor o en contra de los movimientos políticos que sacudían al país. Lo que nos preguntamos hoy, haciendo un examen de conciencia retrospectivo, es si estas tomas de postura han tenido siempre como criterio lo que más favorecía al venezolano y a la nación, y no se han dejado arrastrar más de una vez a secundar lo que favorecía a la institución eclesial y a oponerse a su vez a lo que la contrariaba. Algunos editoriales y comentarios escritos durante el primer gobierno de Acción Democrática y la dictadura de Pérez Jiménez serían dolorosamente elocuentes al respecto. Se cubriría de religión lo que era simple política.

Con la experiencia acumulada en el pasado, hoy estamos tratando de desentrañar también la fuerza social del cristianismo y sus representantes, entre los que nos consideramos incluidos, para ponerla al servicio de las mayorías oprimidas. Aquí nos jugamos lo más nuclear de nuestra fe: su efectividad histórica. Porque así como a Jesús lo hemos reconocido por sus actos y por eso nos hemos adherido a él, ocurre lo mismo respecto a la Iglesia. Si ella colabora en mantener una situación de injusticia, y en beneficiarse socialmente de unas estructuras de desigualdad no sería la presencia de Dios entre los hombres por mucho que lo proclamara.

Este es el reto que tenemos planteado como cristianos, y al que con muchos límites y titubeos, y aun con bastantes deficiencias, queremos ayudar a responder. ●